

NUESTRA SEÑORA DE SAN JUAN DE LOS LAGOS

CAPÍTULO IX

Nuestra Señora de San Juan de los Lagos (Méjico)

SUMARIO.—I. Preliminares. II. Acróbatas agradecidos. III. La santa imagen. IV. El Santuario. V. La Coronación.

I

PRELIMINARES

A 167 kilómetros y 500 metros de Guadalajara, capital del Estado de Jalisco, se encuentra la ciudad de San Juan de los Lagos, famosa en los anales marianos. De escasa importancia si se atiende al número de los habitantes, que apenas llegan á cinco mil, es bella por su posición geográfica. Situada á la margen derecha del río de su nombre y á 1782 metros sobre el nivel del mar, ofrece á la vista espléndido panorama y á sus moradores clima templado. Fué fundada á fines del siglo XVI, poco después que las huestes del famoso caudillo español Nuño de Guzmán conquistaran á Jalisco (Nueva Galicia); el título de ciudad diósele el congreso de este Estado el 29 de Octubre de 1869.

Cuenta con cinco templos, hospital, tres edificios municipales, ocho escuelas de instrucción primaria, que le dan no poco realce. Tiene además un colegio donde los jóvenes de mejores dotes intelectuales se preparan para seguir alguna profesión, principalmente el ministerio sacerdotal, y gracias al cielo, la iglesia y la patria han

recogido opimos frutos de tan benéfica institución. Pero lo que le ha dado alto renombre es el santuario de la Santísima Virgen, que representa la Inmaculada Concepción, conocida con el título de Nuestra Señora de San Juan de los Lagos.

Desde tiempos remotos ha sido visitado por innumerables romeros; de suerte que hasta mediados del siglo XIX superaba en este sentido á la misma insigne Basílica de Guadalupe.

El día de la fiesta principal, que es el 8 de Diciembre, llegaban á reunirse cien mil peregrinos venidos de los diversos Estados de la República. Los forasteros pobres habían de dormir al cielo raso en los montes vecinos, y los más pudientes se acomodaban hasta en los techos de las casas. Los comerciantes, por el arriendo de una miserable tienda, habían de pagar hasta mil pesos. Desgraciadamente semejantes fiestas degeneraron de su carácter religioso y tomaron otro mercantil y profano. El juego y otros vicios se desarrollaron en no escasa proporción; así es que la romería más era ocasión de ofender á Dios que de honrar á la Reina del universo. En los años últimos ha vuelto á recobrar su antiguo esplendor. Tan popular es el culto de esta santa imagen, tan singulares los prodigios que se le atribuyen, que el actual Arzobispo de Guadalajara, Dr. D. José de Jesús Ortiz, obtuvo de la Santa Sede facultad de imponerle corona de oro, cuya ceremonia se acaba de verificar el 15 de Agosto de 1904.

II

ACRÓBATAS AGRADECIDOS

Por los años de 1623 una errante familia de acróbatas, compuesta del padre, de la madre y de dos hijas,

oriunda de San Luis Potosí, salió de su pueblo natal con rumbo á Guadalajara, donde pensaba ganarse el sustento ejerciendo su peligroso oficio. Al intento llevaban consigo una cabra adiestrada en saltar y otros juegos. Como el camino real pasaba por San Juan de los Lagos, hicieron allí posada; y á fin de aprovechar el tiempo y evitar el fastidio, comenzaron á ensayarse en dar volteretas, saltando sobre afiladas dagas hincadas en tierra con la punta hacia arriba. Sucedió que la hija menor, que apenas frisaba en los seis ó siete años, resbaló al dar la vuelta que le correspondía en turno, y la daga le atravesó el cuerpecito, dejándola muerta en el acto. Fácil es suponer el dolor que embargaría el alma de la familia al contemplar el yerto cadáver de la niña, arrebatada á su cariño por trágica desventura. Pero como la desgracia parecía irremediable, se la amortajó y se envió recado al párroco de Xalostotitlán, á cuya jurisdicción pertenecía San Juan, á fin de que viniera á presidir el duelo, ó concediera permiso para dar cristiana sepultura al cadáver. Al medio día, mientras llegaba la respuesta, fué conducido aquél á la capillita del hospital, acompañado de la desconsolada familia que no sabía enjugar sus lágrimas y que con sus gemidos y lamentos quebrantaba los corazones de los circunstantes. Compadecida una india anciana, llamada Ana Lucía, según unos, ó Ana Magdalena según otros, mujer del sacristán de la capilla, los exhortó á que confiasen en una imagen de la Virgen que allí había, tan milagrosa, que se trasladaba de un lado á otro conforme su beneplácito, y que conversaba familiarmente con ella muchas veces. Invocad á la *Cihuapilli*, les dijo, y creo que recobraréis el bien perdido. Y uniendo la obra á la palabra, colocó sobre el pecho de la difunta niña la efigie, que á causa de su deterioro estaba reclusa con otras imágenes en un rincón de la sacristía. La familia

y muchos vecinos comenzaron á elevar fervientes súplicas á la Madre de Dios, conjurándola, más con lágrimas que con voces, tuviese lástima de los afligidos padres. Á eso de las cuatro de la tarde, con asombro y estupor de todos, la niña entreabrió los ojos y empezó á moverse lánguidamente, como quien despierta de profundo sueño. Cortaron los lazos que envolvían la mortaja, y la quitaron del cuerpo de la niña, la cual se levantó sana, radiante de alegría, y abrazándose con la imagen de su celestial Bienhechora, protestó á sus padres que no quería moverse de aquel lugar, y que se quedaría como sierva de tan gran Señora.

Teniendo en consideración los padres la tierna edad y delicada complexión de su hija, juzgaron prudente no acceder á su piadosa demanda; pero ansiosos de manifestar de algún modo su gratitud á la Santísima Virgen por la incomparable merced que acababa de otorgarles, solicitaron de los mayordomos del hospital les permitieran llevar á Guadalajara la santa imagen, donde harían que un hábil pintor la retocase y reparase las injurias que la polilla y el tiempo le habían causado en el rostro y en las manos. Accedióse, con anuencia del párroco, á la petición de los volatineros; pero se adoptó la cautela de que los acompañaran dos naturales del pueblo, á fin de evitar todo riesgo de que no devolviesen la imagen al sitio de su origen. Llegados á Guadalajara se hospedaron en el primer mesón que les deparó la Providencia, y aquella misma noche se les presentó un apuesto mancebo preguntándoles, si tenían alguna efigie que rehacer, pues no le faltaba para ello ingenio. Sin más averiguaciones, pues creyeron que el cielo les había proporcionado tal artista, celebraron convenio, ajustaron el precio, y después de averiguar el domicilio del pintor, le entregaron la imagen.

Al día siguiente muy de madrugada, volvió el man-

cebo trayendo la imagen perfectamente restaurada. Llevarónsela al volatinero, que todavía yacía en el lecho, el cual quedó admirado de la excelencia y prontitud de la obra. Envió atento recado al joven que le aguardase cortos instantes, mientras se levantaba para darle las gracias y pagarle religiosamente el honorario estipulado; pero al presentarse en la puerta, encontró que había desaparecido, y á pesar de las exquisitas diligencias practicadas, no pudieron descubrir vestigio alguno.

Concluídas las funciones que dieron los volatineros en Guadalajara, resolvieron marchar á San Juan de los Lagos, y devolver el precioso tesoro que se les había confiado. El camino fué un verdadero triunfo; porque, habiéndose divulgado la noticia del milagro, salían en masa los vecinos de los pueblos del tránsito á rendir fervorosos homenajes á la Madre de Dios. Al aproximarse á San Juan, se unieron á la comitiva varios indios que había enviado la anciana y piadosa Ana, la cual empezaba á mostrarse inquieta y temerosa por la tardanza. Por fin en medio del público regocijo fué recibida la milagrosa imagen, y se la colocó en el altar mayor de la capilla ú oratorio del hospital.

Esta tradición se halla confirmada por muchos testigos que declararon en la información que levantó el licenciado Juan Gómez de Santiago, cura de Xalostotitlán, por comisión del Ilmo. Sr. Dr. D. Francisco Verdín y Molina, duodécimo Obispo de Nueva Galicia. Dicha información quedó terminada en 18 de Marzo de 1668.

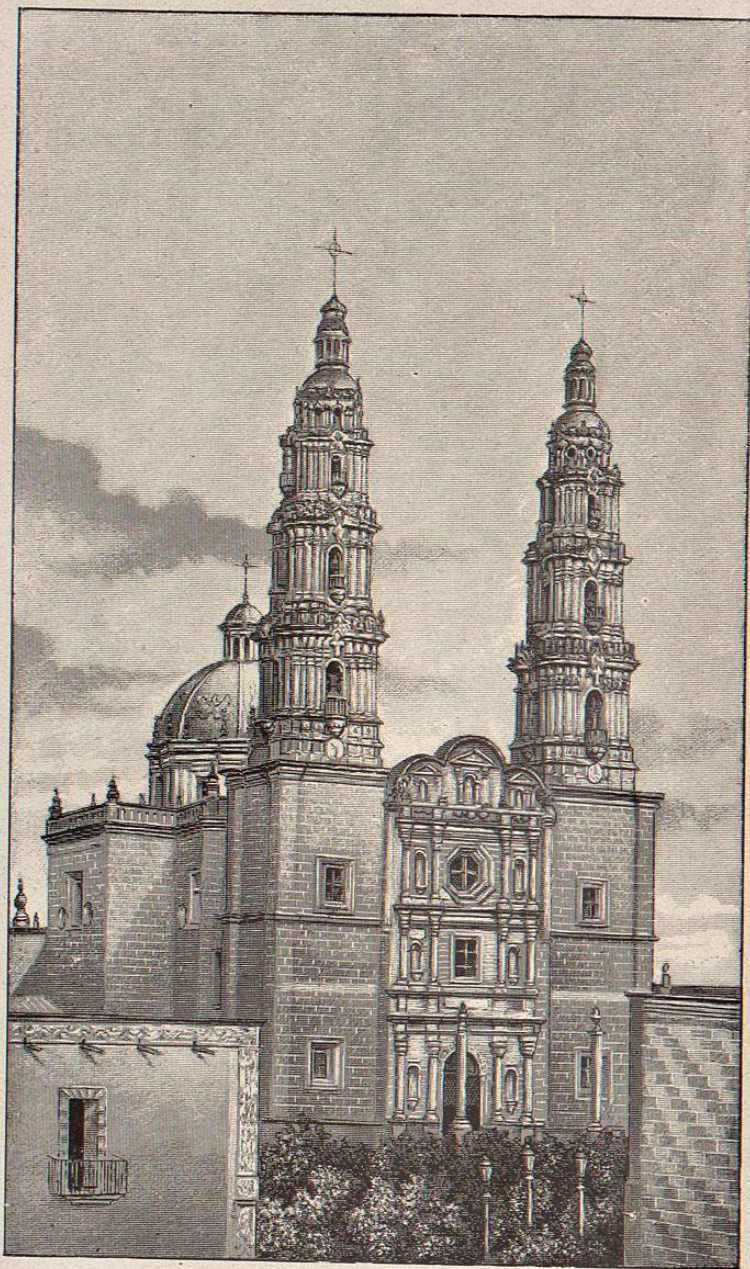
Varios de los testigos, entre ellos el presbítero D. Juan de Contreras Fuertes, capellán mayor del santuario, conocieron á la esposa del sacristán, y aun á los acróbatas, y oyeron de sus labios los detalles del suceso. No faltó quien asegurase que la madre de la niña, al verla resucitada, llena de gratitud, expresó este deseo

de su alma, que ha resultado profético: «que esperaba en Dios, que había de venir mucha gente en romería á visitar la santa imagen».

III

LA SANTA IMAGEN

Naturalmente, después del relato anterior, se despierta en el alma piadosa el deseo de conocer el origen de la imagen milagrosa. Desde luego podemos afirmar sin sombra de duda, que fué fabricada en el país, pues es de la misma materia que la efigie de Nuestra Señora de Pátzcuaro. Ya dijimos al tratar de ésta, que en Michoacán acostumbraban los indios tarascos hacer objetos curiosos empleando el corazón de la caña del maíz molido y seco, mezclado con cierto engrudo, que en su idioma llaman *tatzingueni*, y que los españoles les enseñaron á aplicar esta materia á la estatuaria. Así forman imágenes muy consistentes y tan livianas, que algunas de dos metros de altura pesan como si fueran de plumas. De esta materia está formada la imagen de San Juan de los Lagos. Testigos dignos de fe y antiguos aseguran que hizo donación de ella al pueblo un religioso franciscano. El Dr. D. Alberto Santoscoy, en su erudita historia de dicha Virgen, se inclina á creer con poderosas y eficaces razones, que el religioso fué el Padre fray Antonio de Segovia, nacido en España en la histórica ciudad del Alcázar y del Acueducto, y que fué el primer apóstol de los indios de Nueva Galicia. Este santo religioso, que á los cuarenta años había dejado su patria para evangelizar á los infieles, no perdonaba fatigas ni sudores con tal de facilitarles el conocimiento del verdadero Dios. Para apartarlos de los errores del gentilismo, procuraba dejar en cada doctrina una imagen



SANTUARIO DE NUESTRA SEÑORA DE SAN JUAN DE LOS LAGOS
(MÉJICO)

de María, especialmente bajo el título de su Inmaculada Concepción, que es el favorito de los hijos del Patriarca crucificado de Asis. Á San Juan le cupo en suerte la que historiamos.

Como con el trascurso del tiempo quedase muy deteriorada, y la polilla le hubiese carcomido el rostro, los indios la desecharon y la dejaron relegada al olvido en un rincón de la sacristía. Sólo la venturosa mujer del sacristán, la india Ana, que tenía la costumbre laudable de barrer la iglesia, la estimaba en alto grado, pues la Santísima Virgen se había dignado hablarle por medio de ella, y además había notado que cambiaba de sitio en la capilla.

Viniendo á la descripción de la imagen diremos que tiene 278 milímetros de altura. El color de su rostro es moreno, los ojos negros y rasgados, delgado el encaje de la cara, la nariz afilada y perfecta, el cabello, como las espigas de trigo maduras, cae graciosamente sobre los hombros. Sus manecitas están estropeadas por los años. Se la viste con túnica y manto de riquísimas telas bordadas con primor. En su cabeza tiene corona imperial cuajada de piedras y brillantes, y además un círculo de oro con estrellas de piedras preciosas, que simbolizan la diadema con que la divisó el profeta de Patmos. Á sus plantas campea media luna de oro, atributo icónico de la Inmaculada Concepción. Para que levante un poco, se la tiene colocada en hermoso templete sobre peana de plata dorada y artísticamente cincelada, cuyo peso es de mil quinientos un marcos, siete onzas y media.

IV EL SANTUARIO

Colocada la imagen en el altar mayor de la capilla del hospital, comenzó á ser visitada por innumerables